

Las milicias montoneras: formación, proyectos políticos y transformaciones entre 1974 y 1976.

Sosa, Victoria.

Cita:

Sosa, Victoria (2024). *Las milicias montoneras: formación, proyectos políticos y transformaciones entre 1974 y 1976*. XII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/victoria.sosa/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p9Vb/Emp>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Las milicias montoneras: formación, proyectos políticos y transformaciones entre 1974 y 1976

Victoria Sosa¹

Resumen

El presente trabajo se propone indagar acerca del proyecto político montonero a través de la formación política y militar de sus milicias luego de la muerte del presidente Juan Domingo Perón. A razón de ello, se busca dilucidar el papel que cumplían en la estrategia política general, sus prácticas formativas y la forma en que estas se relacionaban con lo que los actores llamaban “adoctrinamiento ideológico”. Finalmente se pretende analizar la forma en que estas concepciones y formas de organización se reestructuraron con el advenimiento de la última dictadura cívico-militar.

Partimos de la hipótesis de que la obra de las milicias montoneras, así como también los diversos tipos de instrucción, se veían atravesadas por las canonizaciones de héroes y mártires en la organización, en tanto guía moral para la praxis. Sin embargo, la construcción de este tipo de subjetividades no puede ser entendida por fuera del contexto histórico-social en el que se ha inscripto. A tal efecto y escapando a miradas “violentológicas”, se pretende realizar un abordaje sociológico que permita ver su desarrollo, al calor de los acontecimientos que la demarcaron.

Palabras clave: milicias montoneras, formación política, adoctrinamiento ideológico

¹ Licenciada en Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
Correo electrónico: vsvictoriasosa02@gmail.com

Introducción

El golpe de estado que derrocó al General Juan Domingo Perón significó el comienzo de una nueva era, donde la Argentina se vio marcada por una gran conflictividad social y política, sobre todo en las décadas de los 60 y 70. En este contexto, la democracia no era parte del horizonte de expectativa² de algunos sectores del peronismo, pues las vivencias históricas de aquellos años habían demostrado una falta de poder legítimo dentro del aparato estatal, dejando un vacío posible de ocupar inclusive para aquellos que pretendían una transformación radical de la realidad.

“A lo largo de los últimos 26 años nuestro pueblo ha desarrollado su lucha política a través de la forma electoral, de las huelgas revolucionarias, de las insurrecciones masivas, de los golpes militares. Y cada una de estas formas de buscar el poder fue ensayada más de una vez, comprobándose que con ninguna de ellas se logró el objetivo. Es por ello que es necesario, de acuerdo a la experiencia política de nuestro pueblo, emprender una nueva etapa en la lucha política por la toma del poder: LA GUERRA.” (Montoneros, 1972, pág. 7)

Es en este contexto en el que surgen las organizaciones político-militares (OPM) peronistas, con el fin de disputar el monopolio de la violencia legítima del Estado y establecer lazos con el movimiento obrero. De este modo, las OPM fueron convirtiéndose en actores primordiales de este tiempo, con la búsqueda de la concreción del “socialismo nacional”.

La experiencia de las izquierdas peronistas³, sobre todo la de Montoneros, ha sido explorada ampliamente. Algunos ejemplos de trabajos canónicos sobre la organización son “Soldados

² Para Koselleck, el “horizonte de expectativas” es el conjunto de aspiraciones y posibilidades que un grupo social imagina y espera que ocurra, basado en sus experiencias pasadas y su contexto presente. Ver: “«Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa», dos categorías históricas” en Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*. Para una semántica de los tiempos históricos, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 333-357.

³ Por “izquierdas peronistas” comprendo un campo no homogéneo de grupos, redes y actores que articularon en su proyección política elementos deudores de la tradición marxista y/o de izquierdas con la identidad peronista. (Friedemann, 2022)

de Perón” (1982) de Richard Gillespie, o “Montoneros: el mito de sus 12 fundadores” (2005) de Lucas Lanusse.

A su vez, también se han estudiado los factores que permitieron su emergencia; sus conflictos en los años de mayor crecimiento de la organización; y, en menor medida, se han desarrollado algunos trabajos situados en los años posteriores a 1976. Tal y como señala Hernán Confino, la historia de la organización durante la dictadura permaneció como una etapa oscura (2022, pág. 35).

Por otra parte, algunos de los trabajos que han estudiado las subjetividades relacionadas a estas organizaciones se han enfocado solo en analizar las consecuencias que estas formas habían causado dentro de la organización. Por ejemplo, podemos encontrar artículos respecto del código de justicia interno de la organización y su aplicación, o investigaciones que analizan los procesos de ruptura, donde se ha privilegiado el rol de la violencia para dejar en segundo plano otras cuestiones que configuraban a la organización.⁴

Por fuera de esta línea, el presente trabajo se nutre de investigaciones como “Rodolfo Rey, peronista y montonero. La construcción de un héroe popular en los primeros números de la revista Evita Montonera” de Esteban Campos (2014), donde el autor indaga el “complejo heroico”, es decir, la creación de un modelo de combatiente ejemplar destinado a ser imitado por el resto de los miembros de la organización.

Por consiguiente, el objetivo de esta investigación es indagar sobre el proyecto político montonero a través de la formación política y militar de las milicias que formaban parte del cuerpo armado de la organización, con especial énfasis en la presidencia de María Estela Martínez. En este sentido, se busca dilucidar qué papel cumplían en la estrategia política, cómo era su instrucción militar y cómo esta se relacionaba con lo que los actores llamaban "adoctrinamiento ideológico". Finalmente, se pretende analizar cómo estas concepciones y

⁴ Ver: Lenci, L. (2011). Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos Montoneros 1972-1975. *Tiempo Histórico*(3), 55-83; Slipak, D. (2023). *Discutir montoneros desde adentro: Cómo se procesaron las críticas en una organización que exigía pasión y obediencia*. Buenos Aires: Siglo XXI; Slipak, D. (2013). *Revolución y justicia: Disciplina, delitos y juicios en la revista Evita Montonera*. *Lucha armada en la Argentina*(8), 136-147.

formas de organización se reestructuraron con el advenimiento de la última dictadura cívico-militar.

El interés en ahondar en la formación militar y en el “adoctrinamiento” se basa en la relevancia que los propios actores les asignaban a estas dos tareas. La primera puede ser entendida como aquella instrucción relacionada con las tácticas y estrategias de choque; mientras que la segunda refiere a la transmisión de ideales y concepciones histórico-políticas para la formación de cuadros de la organización. No obstante, ambos aspectos se entrelazan y no son ajenos uno a otro.

La hipótesis presentada postula que la obra de las milicias montoneras, así como también los diversos tipos de instrucción, se veían atravesados por las canonizaciones de héroes y mártires en la organización, en tanto guía moral para la praxis. Se destaca que estas guías morales se encontraban inscriptas en las bases del proyecto político de Montoneros de estos años, siendo un reflejo de su propia justificación.

Por otra parte, la construcción de este tipo de subjetividades no puede ser entendida por fuera del contexto histórico-social en el que se han inscripto. A tal efecto y escapando a miradas que privilegian la violencia en su análisis, se pretende realizar un abordaje sociológico que permita ver su desarrollo al calor de los acontecimientos.

Para llevar a cabo tales objetivos, se implementará una estrategia metodológica cualitativa basada en fuentes documentales de la época, tales como el “Manual de Instrucción de las Milicias Montoneras” del año 1974; una publicación similar correspondiente a 1976; notas de la revista “Evita Montonera”, así como también otros documentos internos de la organización.

En un primer apartado se trabajará alrededor del contexto y las experiencias que influyeron el proyecto político de Montoneros. Luego, en una segunda instancia, se ahondará en la formación y el “adoctrinamiento ideológico” al que eran sometidos los milicianos y como

ello se conjugaba con un tipo de subjetividad modelo en particular. Por último, se analizarán los cambios en las estructuras y la formación de los miembros luego del 24 de marzo de 1976.

Más allá de la violencia: proyectos políticos y expectativas dentro de la obra montonera

La vuelta a la democracia a partir de 1983 conllevó la necesidad por parte de los sujetos de la época de constituir la como un régimen deseable. Los gobiernos y actores de la sociedad civil se esforzaron para evitar todo tipo de conflicto interno que pudiera subvertir este orden, como los hechos de los levantamientos de los “Carapintadas”⁵ o el asalto al cuartel de La Tablada en el verano del ‘89 por el “Movimiento Todos por la Patria”, con Enrique Gorriarán Merlo (ex PRT-ERP) como su líder. De esta manera, la violencia se constituía como antagónica a la política y, por consiguiente, a la democracia.

Esta caracterización no ha escapado a la academia, donde grandes ramas de la investigación se han centrado en la violencia política como la razón fundamental de los años 70, fundando un tipo de “violentología” argentina. Sin embargo, este tipo de lecturas pueden opacar el entendimiento más completo de la época al centrarse en uno solo de los factores que la han demarcado. (Acha, 2012)

Hablar acerca de las milicias montoneras amerita tratar de entender cómo ellas mismas concebían la historia reciente que las rodeaba y no solo relatar de manera abstracta los acontecimientos de la época. Esta historia interpretada, lejos de resumirse en discrepancias y resoluciones agresivas, tiene un correlato con un proyecto político que va más allá de la violencia como fin en sí mismo. Por tanto, reducir a Montoneros a ser tan solo una agrupación armada es, en última instancia, un tanto reduccionista.

La importancia de cómo los actores interpretan la historia reside en que esta concepción siempre se verá atravesada por las experiencias y esperanzas tanto individuales como colectivas de los sujetos, estando estas íntimamente relacionadas: la idea de lo posible se ve

⁵ Los levantamientos de los "Carapintadas" fueron una serie de cuatro sublevaciones militares ocurridas entre 1987 y 1990, exigiendo la amnistía que impidiera el enjuiciamiento de aquellos que habían cometido crímenes de lesa humanidad durante la última dictadura.

influenciada por el conocimiento de la experiencia. Así, tanto el pasado como el futuro inciden en el presente. (Koselleck, 1993)

Del mismo modo en que la experiencia del pasado puede verse modificada en las reinterpretaciones, también esto sucede con las expectativas. El horizonte es aquella línea que no puede ser alcanzada y el reconocimiento de esta imposibilidad marca un quiebre en lo que se desea, así como también genera experiencias novedosas y abre lugar a nuevas ilusiones.

Tal y como menciona Rocío Otero (2019), el derrocamiento de Perón el 16 de septiembre de 1955 conformó el primer hito de la memoria militante de la Resistencia, donde se destacaban los valores del heroísmo y la lealtad de los peronistas. Este hecho no solo transformó las formas legales de hacer política, sino que conllevó un cambio profundo en las organizaciones peronistas y las tácticas de sus militantes.

Durante su exilio, Perón continuó conduciendo el movimiento con retóricas cambiantes a razón de los acontecimientos mundiales y regionales, tales como la Revolución Cubana, el Concilio Vaticano II, la descolonización de Asia y África, así como también el surgimiento de Mao y la Guerra de Vietnam.

Estos cambios que dan cuenta de una posible radicalización pueden observarse a través de dos textos escritos en la segunda mitad de los 60 *“Latinoamérica: ahora o nunca”* y *“La hora de los pueblos”*. En el primero mencionado, Perón señalaba que entre el “imperialismo del capitalismo” y el “imperialismo del comunismo” podría surgir una vía alternativa junto con el cristianismo y el justicialismo. Asimismo, en *“La hora de los pueblos”* surgieron términos novedosos que fueron tomados por Montoneros para sustentar su objetivo político-ideológico. Tales conceptos fueron el “trasvasamiento generacional” y el “socialismo nacional”. A través de estos enunciados se hacía posible conjugar la idea de la revolución con la de liberación nacional.

Para dicho fin, la vuelta del líder a la patria era imprescindible y fue por ello por lo que los Montoneros lucharon, evocando a las ideas de resistencia que habían construido a raíz de lo vivido por la militancia peronista y obrera en los '50, donde la lucha armada se constituía como un método legítimo. En este sentido, sin haber sido la mayoría partícipes de aquel momento, los Montoneros se sentían herederos de una historia y experiencia colectiva.

Es así como podemos observar que su horizonte de expectativas se veía atravesado por la experiencia colectiva del peronismo en el exilio, así como también por las vivencias del momento, las cuales se veían marcadas por una fuerte violencia institucional y una desvalorización de la democracia.

La consigna “Perón Vuelve” era el anhelo, la lucha armada era uno de sus medios. Con la posibilidad del retorno a la democracia este accionar se vio combinado con la formación de agrupaciones de “superficie”, como las Regionales y la Agrupación Evita de la rama femenina⁶.

Sin embargo, este retorno no fue el esperado y los modos de Perón tendieron más bien a buscar la moderación. En este sentido, podemos mencionar dos quiebres en la relación con el líder y con el movimiento: el asesinato del dirigente sindical José Ignacio Rucci y los conflictos en el acto por el día del trabajador de 1974. Ante estos acontecimientos, la respuesta del General fue correrse hacia una postura más conservadora que, a los ojos de la organización político-militar (OPM), era el resultado de las malas influencias de quienes lo acompañaban, José López Rega y María Estela Martínez.⁷

El paso a la inmortalidad de Juan Domingo Perón el 1 de Julio de 1974 dio lugar a una nueva etapa, ya que para entonces la organización paramilitar “Triple A” se encontraba en funcionamiento y Martínez era vista como una “traidora” a la patria y a la causa justicialista.

⁶ En la organización Montoneros podemos encontrar otras agrupaciones, tales como la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), el Movimiento de Inquilinos Peronista, el Movimiento de Villeros Peronistas y el Movimiento de Lisiados Peronistas.

⁷ Ver: Svampa, M. (2007). El populismo imposible y sus actores, 1973-1976. En D. James, Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976) (págs. 381-431). Sudamericana.

En este punto podemos dilucidar lo que los Montoneros llamaron la tercera etapa de la “lucha de liberación”, enfrentándose a “los oportunistas, los traidores, favorecidos por errores políticos del General y por nuestras propias debilidades, *quienes* comienzan a adueñarse del Gobierno y del Movimiento” (Montoneros, 1974, pág. 2), ⁸ haciendo referencia a la subida al poder de la vicepresidenta de la nación y al grupo de funcionarios que la asistían.

Para ellos, este contexto se vuelve más hostil que la propia resistencia del ‘55, puesto que aquí el enemigo provenía de dentro de sus propias filas. Al ser este un nuevo escenario para los actores, sus tácticas también se reactualizaron:

“Los descamisados de Evita nos vimos entonces en la necesidad de reemprender el camino de la resistencia, para lograr que frente a la Traición el Peronismo vuelva a recuperar el Gobierno y tomar el Poder [...] Esta organización debe ser de nuevo tipo. Debe poner en tensión todas las fuerzas del pueblo. Las Agrupaciones (JP, JTP, etc.) deben mejorar sus estructuras y avanzar en la organización para pelearle en todos los lugares a la Traición. La organización militar del Pueblo debe extenderse para multiplicar los ataques al enemigo. Se hace necesario avanzar en la construcción del ejército del Movimiento de Liberación Nacional, el ejército del pueblo, el Ejército Montonero

La formación de las Milicias Montoneras, las milicias que Evita quiso formar en el 52, es otro paso más en la construcción del Ejército Montonero. Hoy las condiciones están dadas [...]” (Montoneros, 1974, pág. 2)

Es en este sentido que se puede observar la justificación política de las milicias, en tanto paso previo y fundamental para llegar a la construcción de un ejército con capacidad de enfrentarse al brazo armado del Estado. Del mismo modo, eran concebidas como una rama de la organización necesaria para capitalizar espacios que se encontraban en manos del enemigo,

⁸ El subrayado es mío.

una suerte de proyecto para crear una condición -en términos marxistas- de “dualidad de poder”⁹, donde una nueva estructura remplazara a las vigentes.

Si la expectativa era la vuelta de Perón para la concreción de la patria justa, libre y soberana, estos acontecimientos fueron un quiebre en aquel horizonte, ya que ante la falta de un líder y al carecer de un “peronismo auténtico” en el gobierno, Montoneros se veía en la necesidad de lograr este cambio de sistema por su propia cuenta.

De este modo, para recuperar el gobierno y emprender la “lucha de liberación” era necesario hegemonizar aquellos lugares que estaban en manos de la “Traición”, desde agrupaciones barriales, sindicatos, hasta la creación institucional del “Ejército Montonero”.

Todos estos espacios estuvieron marcados por una fuerte impronta moral, donde no había lugar para el individualismo y donde el movimiento y el objetivo en común primaban sobre todas las cosas.

Para alentar esa predisposición, el aparato político-militar necesitaba de un medio de formación y “adoctrinamiento ideológico” para que, ante la adversidad, los milicianos se mantuviesen firmes a la causa revolucionaria.

Formación y “adoctrinamiento ideológico”: ¿Qué debe ser un joven montonero?

El “Manual de Instrucción de las Milicias Montoneras”, insumo de formación militar y política, fue redactado tras la asunción de María Estela Martínez. Aunque no se precisa la fecha exacta de su redacción, se infiere a partir de lo expresado en los “Fundamentos políticos de la milicia”, que constituyen el primer apartado del texto.

En esta sección, Montoneros analizaba su historia reciente, dividiéndola en tres etapas que enmarcaron bajo el concepto de la “lucha de liberación”. La primera etapa se encontraba

⁹ El poder dual, según Lenin, describe la coexistencia y competencia por la legitimidad entre los soviets y el Gobierno Provisional durante la Revolución de Febrero, lo cual ofrecía a los soviets la oportunidad de aumentar su poder y establecer una nueva forma de Estado. El concepto, por extensión, puede referirse a cualquier “contrapoder” en oposición al gobierno establecido. Ver: Lenin, V. I. (1917) “El poder dual”

representada por el primer gobierno de Perón, caracterizado por la unidad de la clase obrera y una consiguiente irrupción de las masas. No obstante, Montoneros mencionaba que durante este periodo no había sucedido una “verdadera” organización obrera, lo que habría facilitado los eventos de 1955. A partir de allí, se iniciaba la segunda etapa de “resistencia”, enfrentando a los gobiernos dictatoriales y la proscripción del justicialismo. Finalmente, luego de la vuelta del peronismo al juego democrático y la posterior defunción del General Perón en funciones presidenciales, comenzaba la tercera etapa, donde la lucha se forjaba dentro del peronismo, marcada por la “traición” y el advenimiento del imperialismo dentro del movimiento, adjudicados a la asunción de Martínez

“[...] podemos decir que lo que fue suficiente para tomar el Gobierno en el 45 no lo fue para evitar el Golpe del 55. La Resistencia fue suficiente para golpear y jaquear al Régimen, pero no para voltearlo. Las movilizaciones insurreccionales y el accionar político-militar de Montoneros fueron suficientes para obligar a dar elecciones y tomar el Gobierno, pero no para evitar la contraofensiva del imperialismo”
(Montoneros, 1974, pág. 2)

Con respecto a la organización del Manual, este se encuentra dividido en nueve capítulos. El primero de ellos, la introducción, desarrolla además de lo ya mencionado, los “requisitos mínimos para ser miliciano” y su “formación miliciana”. El segundo capítulo desarrolla el “orden cerrado”, es decir, pautas militares de cómo moverse y desplazarse a nivel grupal. Por otro lado, en el tercer capítulo se avocan a lo que concierne el entrenamiento físico.

El cuarto y quinto capítulo refieren a armamento, tanto en el sentido de cómo crear explosivos, hasta instrucciones de tiro y portación. Luego, la sexta, séptima y octava sección desarrollan procesos logísticos, planificaciones operativas y los diversos tipos de acciones milicianas. Finalmente, el noveno capítulo se subdivide en tres “cartillas”: de seguridad, de armamento y de sanidad.

Este “Manual de Instrucción” de carácter militar no escapa a los preceptos morales que atraviesan su obra política. En este sentido, los Montoneros explicitaban las cualidades que había que tener para poder ser parte de la organización. Para ellos, un miliciano debía ser

“[...] un compañero que, siendo un buen militante político, que comprendiendo las múltiples formas de violencia que ejerce el imperialismo contra el Pueblo ha asumido que la única forma posible para tomar el Poder y liberarnos del imperialismo, consiste en desarrollar la organización popular y enfrentar al enemigo con las armas en la mano.” (Montoneros, 1974, pág. 5)

Por tanto, los aspirantes debían pertenecer y tener práctica regular en alguna agrupación de la OPM y hacer trabajo “de base”: lo militar no era escindible de la labor territorial. A su vez, debían tener un buen entendimiento y aceptar la estrategia de “Guerra Integral”, así como también comprender y estar dispuestos a someterse a la estructura organizativa de la milicia, su funcionamiento, disciplina, a sus diversos niveles de instrucción y a la línea operativa.

La idea del acatamiento a una dirigencia y la participación en tareas de “superficie” no era lo único, pues donde estos más se detenían era en la cuestión ideológica y disciplinaria:

“7- Debe ser honesto y tener una forma de vida no contradictoria con los comportamientos normales de nuestro Pueblo. (No se permiten compañeros que roben, que ejerzan usura, exploten a otra persona, etc.)

8- Debe ser solidario, tener una actitud constante de apoyo a los compañeros que lo necesiten [...]

9- Debe ser buen compañero, no crear problemas en la relación con los demás, y, por el contrario, ayudar a resolverlos cuando existieran

10- Modificar o criticar toda desviación individualista suya o de cualquier otro compañero” (Montoneros, 1974, pág. 3)

“1.3.1 BASES DISCIPLINARIAS

a) En nuestra práctica revolucionaria cotidiana, los criterios y normas de funcionamiento más importantes son los siguientes:

1. Cumplimiento de las responsabilidades asignadas.
2. Distribución planificada del tiempo y máximo aprovechamiento del mismo.
3. Ordenamiento personal.
4. El cumplimiento de las normal y criterios de seguridad.
5. Regularidad del funcionamiento.
6. La puntualidad.
7. El comportamiento en las reuniones.” (Montoneros, 1974, pág. 4)

Bajo estas premisas, el miliciano debía ser honesto, solidario, buen compañero, altruista, responsable, puntual, ordenado y obediente. Se podría decir que estos lineamientos se centraban en el comportamiento individual con el fin de ponerlo por debajo de las necesidades colectivas. Vera Carnovale, en su obra “Los Combatientes” (2018), encuentra características similares en los miembros del PRT-ERP. Esto nos permite observar las influencias marxistas y de la izquierda latinoamericana de los años 60 en ambas organizaciones, así como también dan el pie para reflexionar sobre las subjetividades guerrilleras de la época en general.

De este modo, el miliciano montonero se convertía en la abnegación del individualismo y del egoísmo; era como el “hombre nuevo” guevarista que anudaba conciencia-moral con vanguardia, y a esta con ejemplo de sacrificio (Carnovale, 2018)

Esta idea de des-individualización es reconocida también por Esteban Campos en su texto “Rodolfo Rey...” (2014). Al respecto, el autor señala que ello puede ser encontrado en las marcas textuales utilizadas en las notas de la revista *Evita Montonera*, especialmente cuando se centraban en relatar la muerte de los caídos en batalla, para así poder posicionarlos cerca de las clases populares y convertirlos en figuras públicas.

En este sentido, el Manual permite observar que el individuo debe fundirse con el grupo para ser un todo cohesionado, es por ello que se ejercía el “Orden Cerrado” para “adquirir disciplina de conjunto”, creando un hábito de movilidad ordenada “en grupos a las órdenes de un jefe”. Aunque el “orden cerrado” encontraba una “utilidad vital” en el accionar militar, también repercutía en los distintos niveles donde se desempeñaban los miembros: políticos, organizativos y de funcionamiento.

Como se ha mencionado, los milicianos también debían ser miembros de las agrupaciones, quienes tenían “la tarea política” como “su función específica”. De este modo, esta cohabitación permite afirmar que el mundo de las milicias y de los militantes no se encontraban completamente separados.

Esta doble vida se basaba en la necesidad de entablar relaciones con las masas para crear “poder popular”. Estas masas tenían su propia importancia para la organización, ya que eran ellas quienes debían suplir sus necesidades logísticas.

“Nuestro ejército, construido por medio del combate desde la Resistencia y la clandestinidad, en un territorio permanentemente ocupado por el enemigo, debe desarrollar una logística clandestina a partir de su propio esfuerzo.

Para ello debemos combinar con gran esfuerzo e imaginación la colaboración política de las masas en sus diversos niveles, la construcción de la infraestructura de producción y servicios clandestina propia y la utilización de la infraestructura de producción y servicios del sistema, a la cual se llega, también, a través de la colaboración política de las masas, ya que son ellas que ponen la fuerza de trabajo en la infraestructura” (Montoneros, 1974, pág. 54)

En este sentido, los pelotones –la unidad mínima dentro de la milicia- debían suplir tres necesidades fundamentales para poder lograr un funcionamiento eficaz de la organización: obtener fuentes de información, infraestructura y medios de sanidad.

La infraestructura comprendía la necesidad de sumar civiles colaboradores e inmuebles. Los colaboradores debían ser persuadidos políticamente a través de las “UBCL” (Unidades Básicas de Combate Logístico). Estas unidades básicas debían brindar información sobre el enemigo, aportar casas o depósitos, teléfonos, asesoramiento profesional, etc. La idea era lograr que el simpatizante político tomase un rol activo, por lo que comprendían necesaria la atención política y su protección permanente. Aquí vemos, una vez más, como se conjugaba el doble rol de los milicianos, pues mientras mantenían sus acciones armadas en la clandestinidad, también debían salir a la superficie para interactuar con la población, lo cual conllevaba la creación de secretos dentro de la OPM

“Como debe funcionar en la agrupación, además de la estructura de milicias, si bien debe usar criterios de seguridad en ambas funciones, cuando lo hace en milicias debe actuar con criterios de clandestinización total de la estructura. Esto significa que aún nuestras propias fuerzas no deben conocer las actividades de la misma” (Montoneros, 1974, pág. 87)

De allí se deriva también la importancia de la disciplina y la obediencia, puesto que de ello dependía la seguridad. “debe realizarse un control constante del cumplimiento de las mismas (*normas*)¹⁰, ya que generalmente la rutina va deteriorando lo minucioso y lo estricto. Los errores e incumplimientos deben ser severamente sancionados” (ídem)

Cumplir con las reglas conllevaba una fuerte impronta moral marcada por una entrega voluntaria: dar la propia vida por la causa del pueblo. Recordando que para esta época los secuestros y desapariciones ya comenzaban a ponerse en marcha, Montoneros señala que:

“El elemento clave de nuestra seguridad es y será la entereza de nuestros militantes. Es quizás la tortura el combate más desigual y aislado que debemos enfrentar [...] es importante que, así como nos capacitamos militarmente, también nos preparemos para una posible detención. Esta preparación tiene como la base la identificación, o

¹⁰ El subrayado es mío

sea el cariño y entrega que tengan nuestros compañeros por esta lucha y, fundamentalmente, la confianza que tengan en la victoria. Cantan los que menos quieren a sus compañeros y menos fe tienen en su pueblo.” (Montoneros, 1974, pág. 92)

Resignar la propia vida era marcado como un valor heroico que denotaba una gran lealtad al objetivo de la OPM y, por consiguiente para ellos, del pueblo. Estas mismas convicciones son aquellas que los actores resaltaban sobre la época de la resistencia.

De igual modo que el manual, la revista “Evita Montonera” permite demostrar el modo en que los actores conjugaban la cuestión práctica e ideológica. Esta última es más elaborada en la revista, concibiéndola como un campo donde también se libraba la lucha por la liberación. Para comprender mejor esta ideología, es pertinente ver algunos de sus principios.

“Nuestra ideología es y debe ser la fiel expresión de los intereses de la clase obrera peronista. Por eso nuestra ideología es nacionalista y popular, parte del contenido antiimperialista y antioligárquico de la masa peronista. Por eso nuestra ideología es revolucionaria, porque la clase obrera peronista cuestiona de raíz al capitalismo monopólico y dependiente que está ahogando a nuestra patria. La definitiva liberación, es posible quebrando esa estructura capitalista y dependiente, y construyendo el Socialismo Nacional que hará realidad efectiva las tres banderas del Peronismo”. (Compañeros..., 1974, págs. 2-3)

Aquí podemos ver, entonces, que la narrativa montonera contaba con una filosofía nacionalista que enarbolaba los principios del peronismo: ir contra el capital concentrado, el imperialismo y la oligarquía. Sin embargo, para estos actores, aquellos solo podían ser derribados bajo el establecimiento del “Socialismo Nacional”, único sistema sobre el cual concebían la posibilidad de concretar la “Patria Peronista”, una patria justa, libre y soberana.

En cuanto a la disciplina y el accionar individual, se pueden encontrar lineamientos de conducta para los miembros de la OPM, pues “la lucha ideológica se da también dentro de

nuestras fuerzas. Porque aparecen ideas y prácticas incorrectas que hay que saber identificarlas y corregirlas” (Compañeros..., 1974, pág. 3)

Esa identificación y corrección era tarea también de la revista, propiciada por relatos donde se enaltecían miembros por su sacrificio y entrega, mientras que otros eran demonizados por su falta de valentía y obediencia.

En este sentido, los “traidores” podían encontrarse dentro de Montoneros. Esto puede ser observado en concreto en el número 8 de la revista “Evita Montonera”, publicado en octubre de 1975, donde se relata un “Juicio revolucionario a un delator” (pág. 21), con condena a “ser pasado por las armas en el lugar y momento en que se lo encuentre”, al haber sido acusado de “Traición y Delación”. Al mismo tiempo que se demonizaba al acusado, se retomaban los valores y las actitudes que debía llevar siempre un buen montonero:

“Los compañeros que han caído en manos del enemigo desde el principio hasta ahora han sido torturados. De ese conjunto, cuyo número oscila entre 800 y 1000, el 95 por ciento pasó con éxito la tortura sin entregar ningún dato de importancia al enemigo. Hay un 4 por ciento que entregó algunos datos y un 1 por ciento o menos que declaró todos los datos que conocía. Esta estadística muestra por sí sola que la tortura es perfectamente soportable y que no es un problema de resistencia física sino de seguridad ideológica, ya que ha habido compañeros y compañeras de escasa fortaleza física que han superado totalmente la situación” (idem)

Una vez más, se vuelve a retomar la idea de “fortaleza” y de “seguridad ideológica”, más allá de los tormentos físicos que podían atravesar los militantes. Las convicciones, para Montoneros, eran una especie de escudo protector ante cualquier situación y, quien no lograba soportar los diversos vejámenes, no estaba convencido realmente de la causa. Por esto mismo, los “traidores” debían ser juzgados, ya que el “cantar” era una decisión tomada con conciencia con el propósito de salvarse individualmente, a costa de quebrar la estructura de la OPM.

Para alentar el buen comportamiento, se transformaban en héroes y mártires a los compañeros caídos, al morir de manera trágica defendiendo sus ideales. Una sección usual dentro de la revista estaba compuesta por crónicas donde se narraba el último combate de los abatidos, resaltando su perseverancia ante cualquier situación.

Estos ejemplos y esta dedicación exclusiva en la revista sirven para resaltar lo que han llamado la “moral revolucionaria”: “Hay algunos ejemplos contundentes de moral revolucionaria, traducida en la negativa total a un diálogo con el enemigo.” (La tortura es un combate y se puede ganar, 1975, pág. 20)

Finalmente, podemos vislumbrar como el concepto “traición” es casi sinónimo de “deslealtad”, entendida como un acto que atacaba directamente a la organización, llevado a cabo por sujetos débiles, poco comprometidos y egoístas. En contrapartida, el héroe montonero se erigía en el ejemplo de aquellos compañeros que dejaban la vida por la causa.

Entre el gobierno de “la Traición” y el “Proyecto de Reorganización Nacional”

Mientras el hostigamiento por parte de las fuerzas paramilitares aumentaba, el doble rol de los milicianos fue convirtiéndose en una de las tantas problemáticas a resolver, dando lugar a controversias en la forma de estructuración de la organización. Por esta razón, a partir de septiembre de 1975, se intenta dar respuesta a las críticas, pero manteniendo la estructura de OPM. Reflejo de ello es el documento “Actualización de la Estructura Organizativa”, donde se propone avanzar en la especialización de las partes, sobre todo en lo militar, aunque manteniendo la “integralidad” de las células y reduciendo los ámbitos de funcionamiento.

Sin embargo, las discusiones respecto a la burocratización, el federalismo, la integralidad y el verticalismo de la organización, sobre todo después de las polémicas respecto al Juicio Revolucionario en ausencia a Roberto Quieto¹¹, mostraron esta resolución como insuficiente.

¹¹ Roberto Quieto, integrante de la Conducción Nacional de Montoneros, fue secuestrado el 28 de diciembre de 1975 por un grupo de tareas del Ejército Argentino en una playa de Martínez, Buenos Aires, mientras visitaba a su familia. Este hecho provocó acusaciones internas de traición, ya que luego de su desaparición comenzaron a “caer” lugares estratégicos y otros miembros de la organización.

“Las soluciones decididas nos resultan insuficientes, casi antes de haberse llegado a aplicarse integralmente; en enero de 1976, a raíz del análisis crítico y autocrítico originado en el caso Quieto, se plantean los problemas de fondo y surge la propuesta de transformar nuestra organización en Partido Revolucionario” (Montoneros, 1976, pág. 117)

De este modo, desde la Conducción Nacional surge el proyecto de transformar la Organización Político-Militar en un Partido Revolucionario (PR). Para llegar a este punto, se debieron discutir los “topes” que dificultaban el funcionamiento de la OPM. Por una parte, los actores argüían que la estructura integral no permitía ya dar respuestas correctas al proceso que se encontraban viviendo, ya que las tareas terminaban superponiéndose, como sucedía con los milicianos: “Cuando hacíamos una campaña militar no podíamos hacer política, cuando hacíamos campaña de afiliación no podíamos hacer la guerra, entraban en contradicción las tareas” (Montoneros, 1976, pág. 146)

Por otro lado, señalaban que la estructura federal impedía la conformación de una estrategia y conducción única, impidiendo la “síntesis de conjunto” y produciendo un “desperdicio de esfuerzo”.

A su vez, la estructura integral y vertical impedía la formación de cuadros, ya que en las UBC (Unidades Básicas de Combate) era “imposible sintetizar conceptualmente la práctica militar, sindical, territorial, estudiantil, etc.” (Montoneros, 1976, pág. 147).

A propósito de ello, concebían que la organización había llegado a un estado de “burocratización”, es decir, se habían convertido en “una estructura organizativa que no tiene posibilidad de desarrollo, de crecimiento, de respuesta al proceso [...]” (ídem)

Finalmente, los actores encontraban un “tope ideológico” en sus miembros, marcado por un “pensamiento lineal” que debía ser reemplazado, a través de la capacitación, por un pensamiento “dialéctico”¹²

“Esto no existe como mecanismo natural de análisis en todos los compañeros. Existen algunos rudimentos de esto, por ejemplo, la conciencia de que la lucha de clases es el motor de la historia, que del capitalismo pasamos al socialismo, nociones generales. [...] Los topes organizativos, las respuestas políticas, los problemas de pareja, todos, hay que analizarlos bajo la misma óptica (ibidem, 148)

No obstante, no fueron solo los factores internos los que impulsaron la restructuración de la organización. Para Montoneros había dos “crisis” que le abrían un nuevo rol en el campo político: la crisis del peronismo y de la “identidad política del pueblo”. Para ellos, la crisis del Movimiento Peronista respondía al agotamiento de las condiciones estructurales que le dieron origen y posibilitaron su desarrollo:

“Las nuevas condiciones socio-económicas que se generan en la actual crisis y el avance consecuente de la conciencia de la clase obrera derivan la necesidad de la reformulación del proyecto, las clases que participan, quién lo conduce, con qué estrategia” (Montoneros, 1976, pág. 135)

En relación con esta crisis se encuentra la “identidad política del pueblo”, ya que consideraban al peronismo como la identidad de la clase obrera. Sin embargo, el Movimiento Peronista se revelaba “como insuficiente como para recoger los intereses de los sectores que contiene y realizaron en la práctica” (ibidem, pág. 136). Suponían que eran ellos quienes debían suplir ese vacío, puesto que “[...] la identidad montonera contiene a la identidad peronista y se expresa como el avance que sintetiza a la nueva identidad que la clase obrera

¹² “El pensamiento dialéctico presupone que todos los problemas que a uno se le presentan, uno los analiza buscando cuál es la contradicción a resolver, [...] ubica dos polos de la contradicción, dos aspectos del problema. Luego debe determinar cuál es el aspecto principal, [...] el que permite la superación de la contradicción. Si la contradicción es antagónica, [...] debe eliminar [...] al menos dinámico. Y si no, hay una síntesis hegemonizada por el aspecto dinámico” (Montoneros, 1976, pág. 148)

y otros sectores populares van construyendo en su cotidiano enfrentamiento con el enemigo” (ibidem, pág. 138)

De tal modo, se abre una nueva etapa que contiene el proyecto de crear un “Movimiento Montonero”, conducido por el “Partido Montonero”, que cree una “Identidad Montonera” para sus miembros, la clase obrera y los sectores populares. El fin último sería la construcción del socialismo a través de un “Movimiento de Liberación Nacional”, con el “Ejército Montonero” y las “Milicias Montoneras” a la cabeza.

Con la nueva estructura también ocurrieron cambios en las formas de instrucción. El Manual publicado luego de 1976, cuyo nombre original no se encuentra explicitado, consta de tres partes. En primer lugar, comienza con una caracterización de la nueva etapa que se abre con la dictadura, conmemorando a Julio Roqué, “muerto heroicamente en combate”.

Los actores señalan que aquella Argentina se encontraba sumida en una guerra interna “no convencional”, una “guerra popular” que utilizaba todos los medios de lucha que tenía a su alcance; y una “sucias guerra” por parte del aparato militar al mismo tiempo. Esta guerra llevada a cabo desde el brazo armado del Estado configuraba para sí un enemigo no individualizante, sin un terreno predeterminado. En este sentido, era una “guerra sucia contra todo el pueblo” (Montoneros, 1976, pág. 11) ya que cualquier ciudadano podía ser un combatiente revolucionario.

Pero, efectivamente, los combatientes revolucionarios eran solo algunos, como lo fue Julio Roqué, pseudónimo que correspondía a Raúl Navarro. Roqué había sido miembro fundador de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y luego de su fusión con Montoneros había sido parte de la Conducción Nacional (CN).

En el relato del manual “ninguna palabra define mejor su calidad humana que la de héroe” (Montoneros, 1976, pág. 15), puesto que había sido secuestrado y sometido a tortura dos veces y en ninguna de ellas había “cantado”. En esta última, inclusive, había entregado su vida tal y como se pretendía debía hacer un “verdadero” revolucionario: “La liberación de un

pueblo es más importante que la vida de un hombre; cuando el militante revolucionario cae en manos del enemigo debe considerar que ha llegado la hora de su muerte heroica” (ibidem, pág. 14)

Aquí vemos, una vez más, la constitución narrativa de un héroe como sujeto ejemplar de la revolución con una moral irrompible. Particularmente, esta canonización se realiza casi a la par de la resolución del Juicio a Roberto Quieto, también miembro de la CN y mencionado en este mismo manual. Quieto, a diferencia de Roqué, es condenado “por incumplimiento del deber revolucionario en su caída en manos del enemigo” (Juicio Revolucionario a Roberto Quieto, 1976, pág. 13). Para el “Tribunal Revolucionario”, su accionar había demostrado rasgos “individualistas y liberales”, por lo que se debía detener la “[...] campaña de denuncia y reivindicación de la figura de Quieto” (ibidem, pág. 14)

Ambos casos resultaban aleccionadores con respecto de lo que se esperaba y lo que no de un militante revolucionario. Solo aquellos abatidos con una verdadera “moral revolucionaria” debían ser reivindicados y ser utilizados como norte de acción:

“Nuestro homenaje revolucionario ante los héroes de la resistencia popular es levantar su ejemplo como bandera ante todo el pueblo, para que sirvan de guía a nuestra lucha; asimismo levantamos su ejemplo como bandera de victoria ante los enemigos del pueblo y de la patria, para demostrarles que nuestra moral revolucionaria, alimentada en la justicia de nuestra causa, es inmensamente superior a la moral mercenaria de nuestros enemigos [...]” (Montoneros, 1976, pág. 15)

Luego de esta introducción se encuentra el Capítulo I “Consideraciones Generales”, donde se explica el proceso de elaboración del manual, a quienes está dirigido, cuáles son sus objetivos, los enfoques y fundamentos de este, cómo es el plan del curso, quienes pueden impartirlo y que metodología debe implementar el instructor.

Las discusiones respecto a cómo debía funcionar la OPM habían propiciado la elaboración de una guía para incorporar “Oficiales” a las milicias. Sin embargo, a partir de la

reestructuración de 1976, el curso se modifica al anexar la nueva etapa organizativa de Montoneros, la cual contaba con un ejército.

De este modo, esta versión final es un curso de reclutamiento dirigido a “compañeros” que contaban con una militancia destacada en alguna agrupación del partido, al igual que en el manual de 1974. A su vez, debían tener una identificación “ideológica-política” con el partido, una gran disposición a asimilar la disciplina y forma de vida del partido, con una disponibilidad absoluta para los enfrentamientos directos. Esto último en particular debía comprobarse en su participación en acciones milicianas.

Aquí vemos una relación directa entre las milicias y el ejército, puesto que la experiencia en el primero habilitaba la participación en el segundo. Si bien en los documentos consultados no se explicita la diferencia entre ambos tipos de formación armada, podemos inferir que las milicias eran comprendidas como formaciones militares con miembros no pertenecientes al ejército regular. Estas milicias respondían a la necesidad de sistematizar y generalizar la toma de las armas por parte de los miembros.

“[...] a la necesidad del enfrentamiento militar con nuestros enemigos respondemos con las estructuras del Ejército Montonero, y dotamos al Partido de las estructuras especializadas para conducirlo, asegurando que la política de los trabajadores guíe el fusil. Por supuesto, esto no excluye que todo montonero deba tomar las armas” (Llenar el vacío..., 1976, pág. 8)

El ejército, por su parte, respondía a una estructura burocrática y de exclusividad de funciones. Sea cual sea concretamente esta diferencia en la práctica, lo que quedaba claro para los actores en esta etapa era la necesidad de una defensa armada eficaz:

“Consolidar las fuerzas militares populares es el camino correcto para impedir que el enemigo concrete sus propósitos; si los consiguiera, lograría retrasar en varios años el costoso proceso de Liberación Nacional y Social en el que estamos empeñados.

Los pelotones, grupos y secciones de combate de nuestro Ejército y nuestras Milicias Montoneras, no deben dar respiro al enemigo. Tienen que ser el punto de referencia que garantice la continuidad de la Resistencia contra la dictadura militar.” (Campana militar..., 1976, pág. 17)

Por otro lado, el curso pretendía aportar a la formación de los cuadros del Partido Montonero, del Movimiento y del Ejército a través de la síntesis de la práctica con la teoría. A su vez, buscaba proporcionar una visión homogénea del desarrollo histórico de la organización, su rol en el proceso revolucionario, sus estructuras y sus miembros.

En este sentido y a diferencia del Manual anterior, el curso que se describe se centra en la evolución de la estructura montonera desde el plano “político, organizativo e ideológico”, sin instrucciones específicas correspondientes a los enfrentamientos armados o preparaciones físicas. Esta centralidad se basa en que la estructura de partido

“[...] es la herramienta con que la fuerza social revolucionaria conduce la lucha por el poder político. Por eso sus estructuras organizativas expresan la concepción de poder y la estrategia política [...] Al optar por el enfoque central en la estructura organizativa pretendemos evitar el peligro del enciclopedismo, que pretende explicar y clasificar todo lo realizado o pensado, independientemente de su importancia.” (Montoneros, 1976, pág. 21)

Por último, el Capítulo II “Evolución de la estructura desde la etapa del foco hasta nuestra transformación en partido” cuenta con las instrucciones y las lecturas correspondientes a siete clases. Cabe destacar aquí que toda la bibliografía corresponde a documentos internos de la organización, discursos o entrevistas llevadas a cabo por la Conducción Nacional.

A través de este manual podemos ver como la tarea de “adocctrinamiento ideológico” es reactualizada no solo para comprender al nuevo enemigo que se constituye, sino también para crear una idea e historia de conjunto que afiance a las partes del nuevo Partido Revolucionario.

Conclusiones

A través del análisis de diversas fuentes, se ha observado cómo lo discursivo convergía con lo práctico, siendo guía en lo que debía llevarse a cabo. Sin embargo, no hay allí un "deber ser" sin una contraparte, aquello que es inadecuado, juzgable y que se opone a la "moral revolucionaria". Podría decirse que esta última se construyó alrededor del papel de vanguardia que se atribuían los Montoneros, quienes suponían que llevarían detrás de sí a las masas trabajadoras.

No obstante, para lograr esto, debían convertirse en un ejemplo eficiente, por lo que era necesario una formación integral que creara cuadros con gran "seguridad ideológica" en todos los frentes. Inicialmente, esto se tradujo en la necesidad de que las milicias participaran tanto en combates como en las agrupaciones. Sin embargo, el cambio de estrategia favoreció una especialización en lo práctico, pero manteniendo una integralidad en lo ideológico.

Cabe preguntarse cómo se lograba aplicar esta división entre milicia y ejército, considerando que las bajas dentro de la organización aumentaban día a día en el contexto de la última dictadura cívico-militar, haciendo difícil concretar grandes números de participantes. Además, no queda claro a través de estos documentos cómo esta nueva estructura logró superar las problemáticas de aquellos miembros que, sin ser parte del ejército, tomaban las armas y continuaban con el resto de sus responsabilidades diarias sin estar resguardados por una estructura clandestina.

Por último, es difícil escindirse de la influencia del periodo de la resistencia peronista del '55. Para los Montoneros, estos conjuntos de militantes se habían transformado en héroes de una época, donde su mayor fortaleza había sido la lealtad.

En el marco de un nuevo periodo crítico para el peronismo, eran ellos quienes pretendían convertirse en los detentores de la causa nacional y popular, pero con una nueva impronta. El peronismo quedaba caduco, así como también su forma de hacer política y su concepción de la realidad. No es casual que en esta etapa la organización comenzara a usar términos más

afines a la izquierda, como abandonar el carácter de “nacional” al hablar de socialismo, o abogar por una instrucción centrada en una lógica dialéctica.

No obstante y sin poder separarse de la herencia peronista, el concepto “lealtad” seguía siendo primordial, necesitando de la ideología para fortalecerla, ya que la clave de su victoria residía en tener convicciones inquebrantables. Para los Montoneros, no había peor delito que la traición. Para evitarla, la constitución de modelos se volvía un método para guiar el accionar correcto.

Mediante lo analizado, podemos afirmar que los Montoneros pretendían educar con el ejemplo a todos sus miembros. Por ejemplo, a través del Evita Montonera, se pueden recuperar relatos de “compañeras” que habían perdido la vida a manos del enemigo, como se observan en los números 12 y 13, reivindicando a Esther de Maggio y a Norma Arrostito, respectivamente. Estos valores, entonces, se trataban de inculcar en toda la organización en general, más allá del rol de cada uno.

Finalmente, el trabajo con estos documentos sugiere que es probable que existan más manuales de este tipo, así como otros escritos internos que aún no han sido investigados. Responder a las preguntas vigentes, formular nuevas y emprender la búsqueda de otros materiales de época es fundamental para continuar recuperando parte de nuestra historia.

Bibliografía

- Acha, O. (2012). Dilemas de una violentología argentina. En *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*, (págs. 167-190). Buenos Aires: Herramienta.
- Campana militar de Montoneros. (1976). *Evita Montonera*(13), 17-19.
- Campos, E. (2014). “Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los primeros números de la revista Evita Montonera. En *e-l@tina*, (págs. 17-29). Buenos Aires.



- Carnovale, V. (2018). *Los combatientes* (3° ed.). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Compañeros: esta revista es otra arma de lucha. (1974). *Evita Montonera*(1), 1-2.
- Confino, H. (2022). *La contraofensiva: El final de Montoneros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina.
- Friedemann, S. (2022) Izquierda y derecha peronista como categorías de análisis o los 34 días de disputa institucional en torno a la Universidad de Buenos Aires, 1974. En *Prohistoria*, Año XXV, 37, jun., (págs. 1-26).
- Juicio revolucionario a un delator. (1975). *Evita Montonera*(8), 21.
- Juicio Revolucionario a Roberto Quieto. (1976). *Evita Montonera*(12), 13-14.
- Kosellec, R. (1993). «Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa», dos categorías históricas. En *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (págs. 333-357). Barcelona: Paidós.
- La tortura es un combate y se puede ganar. (1975). *Evita Montonera*(5), 20-23.
- Llenar el vacío de conducción. (1976). *Evita Montonera*(13), 4-8.
- Montoneros. (1974). *Manual de Instrucción de las Milicias Montoneras*.
- Montoneros. (1976). *Manual de Instrucción*.
- Montoneros. (1972). *Línea Político-Militar*.
- Otero, R. (2019). Montoneros y la resistencia: identidad política y estrategia de lucha (1970-1980). *Quinto sol*, 23(1).